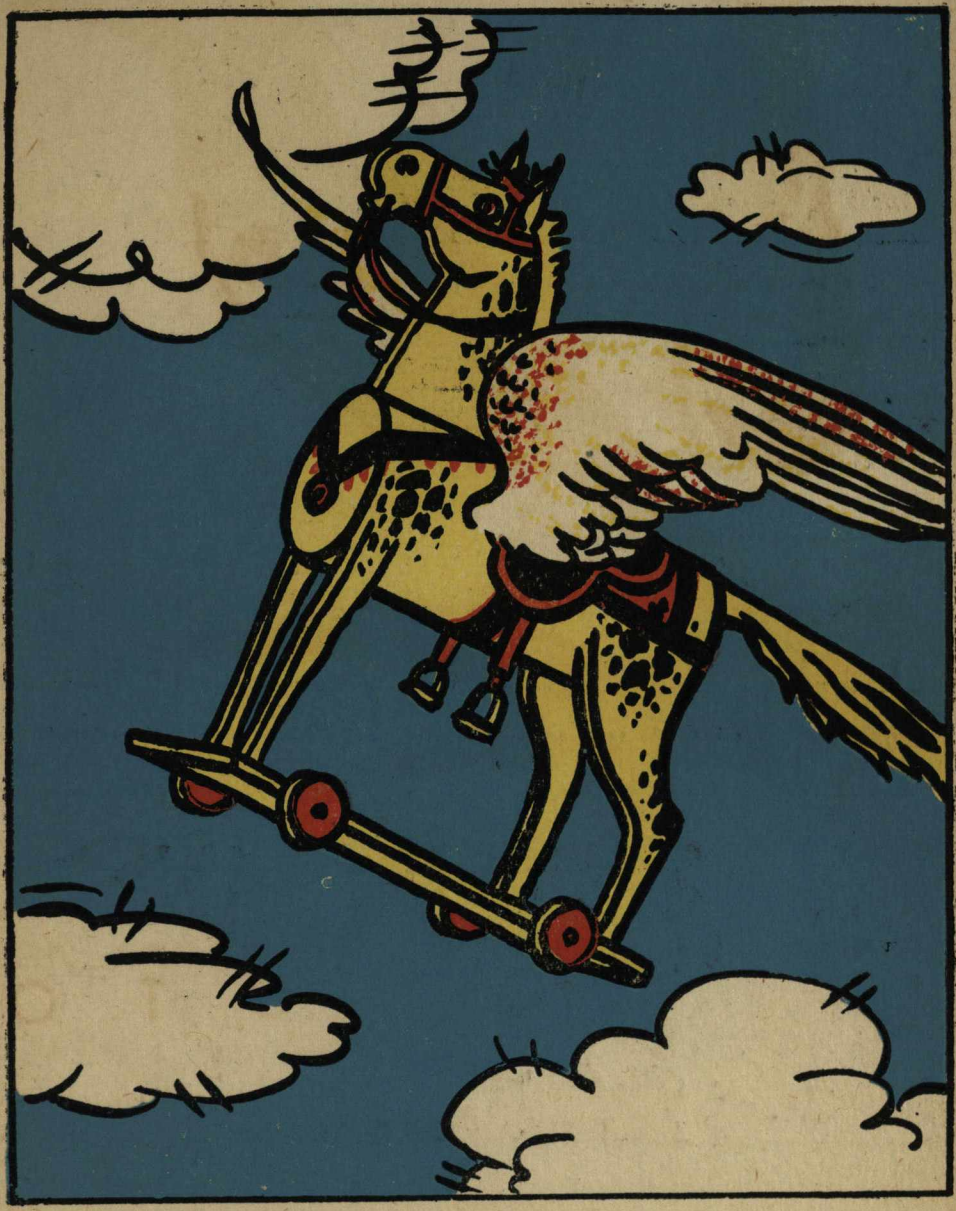
ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



DICIEMBRE -- 1941

No. 30

LA FRASE DEL DOCTOR VARGAS

El Dr. José María Vargas, nacido en La Guaira en el año de 1786, fué el fundador de los estudios médicos en Venezuela.

El 20 de enero de 1835, el Congreso le eligió como Presidente Constitucional de la República.

Descontentos por ello los militares acaudillaron una revolución en Maracaibo, reconociendo como jefe a Mariño.

Quien, en compañía de Pedro Carujo, se alzaba en Caracas, el 8 de julio del mismo año, deponiendo a las autoridades.

Carujo, al hacer prisionero al Dr. Vargas, encaróse con él diciéndole: "Doctor Vargas, el mundo es de los valientes".

A lo que respondió el Presidente: "Se equivoca usted; el mundo es del hombre justo".

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 30 CARACAS, DICIEMBRE DE 1941 AÑO 3

SUMARIO

AMENIDADES GEOGRAFICAS

DONDE NACEN LOS LLANOS 2

FIERAS DE NUESTROS MARES

EL TIBURON 4

NUESTROS HOMBRES CELEBRES

MARTIN TOVAR Y TOVAR 6

CUENTOS DE NAVIDAD

LA SONRISA DEL NIÑO JESUS 8

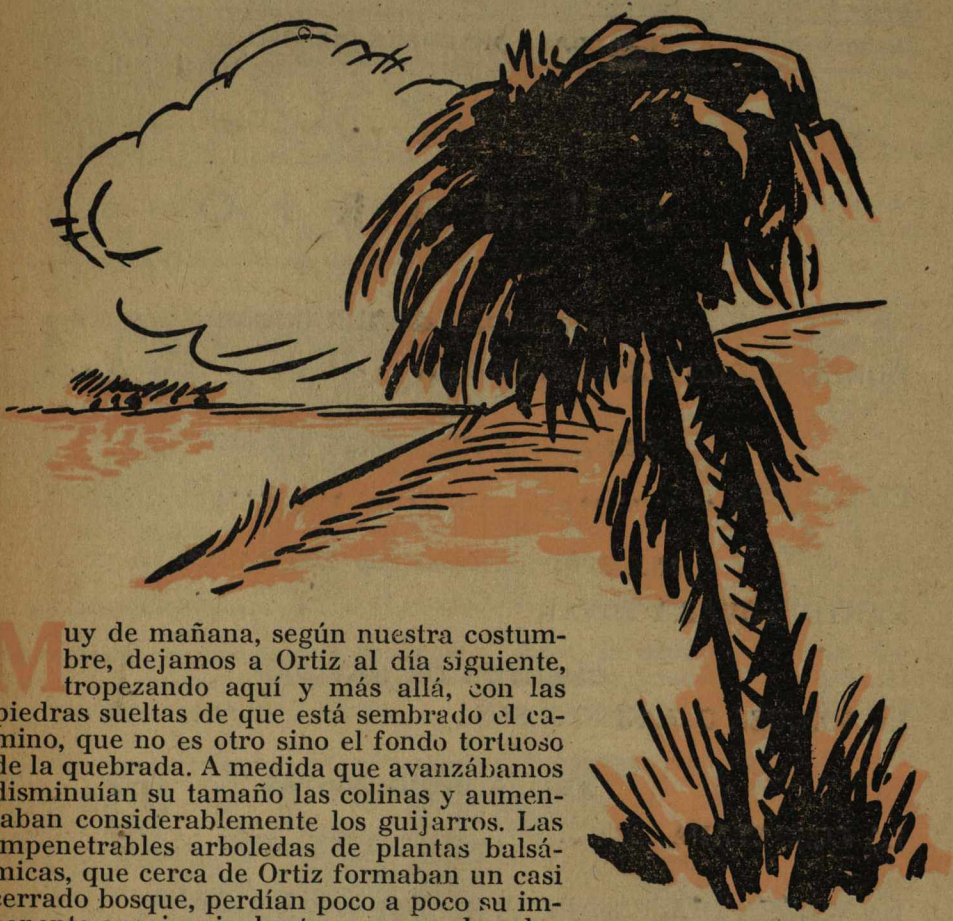
ARMAS INDIGENISTAS

LA CERBATANA 10

LA VIRGEN DEL PAJARITO, por Fernando Paz Castillo 12

LOS NIÑOS COLABORAN 14

DONDE NACEN LOS LLANOS



Muy de mañana, según nuestra costumbre, dejamos a Ortiz al día siguiente, tropezando aquí y más allá, con las piedras sueltas de que está sembrado el camino, que no es otro sino el fondo tortuoso de la quebrada. A medida que avanzábamos disminuían su tamaño las colinas y aumentaban considerablemente los guijarros. Las impenetrables arboledas de plantas balsámicas, que cerca de Ortiz formaban un casi cerrado bosque, perdían poco a poco su imponente apariencia, hasta ser reemplazadas por espesos matorrales espinosos, en los que predominaban varias especies de mimosas de hojas delicadas y ligeras como plumas. Habituado el viajero a la sombra de una frondosa vegetación, y a la vista de valles cultivados, observa el cambio brusco de la primera, y la total extinción de los últimos al salir de las galeras de Ortiz; siendo a su vez recompensado

por el embriagador perfume de las flores amarillas que abruman con su carga a los sotos desde sus vértices, hasta las torcidas ramas que barren el suelo al soplo de las brisas fugitivas.

De repente entramos sobre una ancha meseta casi a nivel, desnuda de vegetación a excepción de un tapiz de césped, de donde surgían de cuando en cuando, grupos de palmeras de hojas como abanicos, que daban casi la impresión de un mar cubierto por plantas marinas. Una densa masa de vapor oscurecía la atmósfera, y los abanicos de las palmas aparecían en el horizonte como navíos envueltos por la bruma. Se cerraba gradualmente a nuestro alrededor el círculo del firmamento como si fuéramos a quedar dentro del cielo. Estábamos ahora sobre los bordes de la gran cuenca antigua de los Llanos, sobre uno de los remotos escollos o *Mesas*, cuyas sucesivas terrazas forman ahora las orillas de ese océano de yerba que son las Sabanas.

Después de tres horas de errar sin brújula por aquel monótono panorama, y guiados únicamente por señales y marcas que sólo conocen los baquianos, caímos sin esperarlo sobre el borde de la Mesa que domina una inmensa extensión de las sabanas bajas, trocándose así la escena como por arte de magia, en el más bello panorama que hubiera contemplado en mi vida. A nuestros pies se extendía una infinita pradera, fresca y verde como el campo mejor cultivado, en la que se agitaban rebaños enteros de caballos y reses, dispersos por las sabanas. Varias lagunas animadas por infinita variedad de aves acuáticas, reflejaban sobre su límpida superficie las copas de las palmeras de grandes hojas, elevándose altivas sobre bosquecillos de laureles y robledales. Hacia el fondo, y hasta donde alcanzaba la vista, la ondulante llanura lucía como inmóvil océano pasada la borrasca. Bien comprendo la pobreza de mis discripciones ante la realidad, y la incapacidad para pintar los armoniosos efectos de luz y sombra; la admirable gradación de los variados tonos del verde, del azul y del rojo prodigados en el paisaje; las suaves ondulaciones de las tierras; la gracia altanera de las palmeras agitando los aires con sus majestuosas copas de brillantes hojas y tantas abrumadoras bellezas, difíciles de contar.

FIERAS DE NUESTROS MARES

EL TIBURON

El *tiburón*, pez gigantesco que abunda en nuestras costas, habita los mares templados y tropicales, donde se conoce su presencia cuando se ven sus temibles aletas dorsales, que sobresalen del agua al nadar superficialmente.

De los peces que viven en el mar, es el tiburón, el más fuerte y veloz. Por esto y por su ferocidad no teme a ningún otro. No vacila en atacar al hombre, aunque éste en pescas sumamente arriesgadas por su gran vitalidad lo captura y le da muerte. En extremo voraz, se alimenta de todo lo comestible y sigue semanas enteras la estela de los navíos, en busca de desperdicios de toda clase. Existe la creencia completamente infundada, de que "cuando un barco es seguido por tiburones lleva la muerte a bordo".

Aunque la mayor parte de los tiburones, son *ovíparos*, como casi todos los peces, algunos como el tiburón azul son *vivíparos*, esto es los huevos son guardados por la madre hasta que se han desarrollado los hijuelos y una vez nacidos los protejen de la voracidad de sus congéneres.

El cuerpo del tiburón es de forma parecida a un torpedo, cilíndrico y fusiforme. Está cubierto de una piel de color azul pizarra, blanquecina en el vientre, granosa y áspera al tacto, porque está formada de pequeñas escamas semejantes a dientes y sumamente fría por ser un animal de temperatura variable.

Tiene la cabeza, cuerpo y cola fusionados, lo que le permite hendir fácilmente el agua auxiliado por la aletas, órganos planos y membranosos, verdaderos agentes de la natación. La cola o *aleta caudal*, dividida en dos lóbulos desiguales, actúa a la vez de re-

mo y timón. Las aletas *pectorales* y *abdominales*, substituyen a las extremidades de otros vertebrados. Posee además, la *aleta dorsal*, dividida en mayor y menor, y la aleta *anal*.

El cráneo, prolongado en forma de hocico, determina la posición inferior de la boca y obliga al animal a su característico movimiento de media vuelta para poder utilizarla. Está situada transversalmente, es ancha y oblicua y tiene varias filas de grandes dientes muy agudos y cortantes, que trituran fácilmente las presas que devoran.

El esqueleto en vez de ser *óseo* como en otros peces, es *cartilaginoso;* y esto es posible porque siendo un animal acuático, no necesitan las partes carnosas de su cuerpo tan firme sostén como las de un animal terrestre.

El tiburón respira el aire disuelto en el agua mediante *branquias o agallas*, en número de cinco y colocadas a ambos lados y detrás de la cabeza; como están descubiertas, el animal no se acerca demasiado a las playas donde la arena puede dañarle las delgadas láminas branquiales.

De sus sentidos el que está más desarrollado es el del olfato.

El tiburón, verdadera fiera marina, ha recibido el nombre de *"rey del mar"* y como tal no tiene enemigos dentro de éste. Su único perseguidor es el hombre que trata de exterminarlo por lo peligroso que para él resulta; por los daños que ocasiona devorando peces o destrozando redes y otras artes de pescar y por los productos que de él obtiene: la carne, que aunque algo dura y coriácea, es comestible, el aceite que de él se extrae y la piel que se emplea para hacer zapatos, cinturones, etc. Los ebanistas la utilizan también como papel de esmeril muy fino. Los chinos tienen en gran estima sus aletas con las cuales preparan sopas exquisitas.

Entre los tiburones se encuentra además del azul, el *alitán* o *gato de mar*, el *alecrín*, el *galludo*, el *pez zorro*, el *boca dulce*, el *pez martillo* o *cornuda*, *el pez dama* y otros. También son de este grupo las llamadas *rayas o mantas*, las *tembladeras* o *torpedos* y el *pez sierra*.

El alitán o gato de mar es uno de los tiburones más odiados, ya que por su audacia y ferocidad no vacila en acercarse a las costas, donde causa múltiples destrozos.

La *cornuda o pez martillo* así llamado por la forma especial de su cabeza, ensanchada lateralmente, tiene en sus extremos los grandes ojos, mientras que los orificios nasales están frente a la boca en la parte inferior. Es sumamente peligroso.

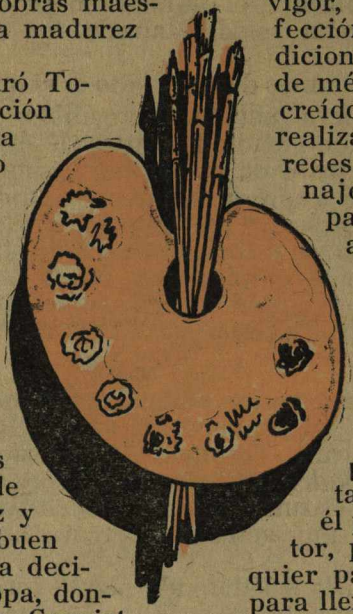
El *pez dama* es uno de los más corpulentos aunque no el más peligroso de los animales de este grupo; alcanza a veces más de diez metros de largo. Abunda en nuestras costas, donde se le captura frecuentemente.

Las *rayas* o *mantas* no recuerdan a los tiburones por su cuerpo, que es muy diferente, pues forma un ancho disco *rombal* bordeado por grandes aletas pectorales y cola larga y estrecha. Sus ojos se encuentran arriba, tras el hocico prolongado y aquillado.

(Pasa a la Pág. 7)

MARTIN TOVAR Y TOVAR

Tovar y Tovar había nacido en Caracas en 1828, de modo que para 1884 año del contrato que celebró el gobierno del general Guzmán Blanco con el artista para pintar los frescos principales que decoran el Salón Elíptico del Palacio Federal, contaba 56 años, tocándole, por lo tanto, realizar sus obras maestras ya en la plena madurez de su edad.



Desde niño mostró Tovar y Tovar su vocación por la pintura a la cual no fué extraño otro miembro de su ilustre familia: Domingo Tovar, quien en la progresista sociedad "Amigos del País", creó y regentó una cátedra de dibujo; en su misma ciudad nativa recibió las primeras lecciones de Carmelo Fernández y Carranza, con tan buen éxito que su familia decidió enviarlo a Europa, donde fué discípulo de Cogniet en París y luego de Madrazo en Madrid. Obtuvo fama como retratista y alcanzó en una Exposición de Londres mención honorífica. Vuelto a Venezuela, se dedica a la enseñanza y orienta por nuevos rumbos las inclinaciones de sus discípulos.

Para la fecha en que se pensó en aprovechar las sobresalientes dotes de Tovar para colocarlas al servicio de las glorias patrias, el artista no tenía otros fundamentos de fama que algunos retratos y, como obra de aliento, la "Firma del Acta de la Independencia", colocada ya para entonces en el salón de sesiones de la Municipalidad de Caracas.

El lienzo de la "Firma" tiene vigor, expresión, colorido, perfección de dibujo y otras condiciones inherentes a un pintor de mérito, pero ¿quién hubiera creído, contemplando tal escena realizada dentro de cuatro paredes y por comedidos personajes, que el artista sería capaz de trasladarse a campo abierto y ancho y colocar en él, con tanta agilidad y movimiento, a los luchadores de los campos de batalla de la Independencia?

Si no nos refiriéramos sino al soberbio lienzo del plafond central, "La Batalla de Carabobo", basta él para inmortalizar a su autor, porque es bueno en cualquier parte del mundo y capaz para llenar de orgullo a cualquier artista y a la tierra que lo produdujera.

Tomada por Guzmán Blanco y Tovar la resolución de efectuar la obra, el primero aprovechó una jira al Estado Carabobo para invitar al artista y realizar una visita al glorioso campo, la cual se efectuó el 28 de enero de 1884, con el objeto de captar detalles topográficos e históricos que documentaran al pintor.

Bajo estas impresiones se firmó poco después en Caracas el contrato por el cual "Tovar y Tovar se comprometió a pintar por la suma de cuatrocientos mil bolívares (Bs. 400.000) siete grandes lienzos al óleo que representasen las batallas de Carabobo, Boyacá, Junín y Ayacucho, el Convenio de Coche y las alegorías de la Paz y el Progreso".

Tovar y Tovar se trasladó a París para realizar estos trabajos y en diciembre de 1887 regresó a Caracas trayendo terminado el lienzo de la Batalla de Carabobo, el cual fué descubierto e inaugurado solemnemente el 28 de octubre del año siguiente.

No es del caso entrar aquí a hacer juicios críticos sobre el valor artístico de las obras de Tovar, ni sobre las dificultades técnicas de la ejecución de la "Batalla de Carabobo", que no es en realidad un lienzo sino un conjunto de lienzos adaptables al fondo cóncavo de la cúpula, pues ha sido sólo nuestro intento rendir homenaje a uno de nuestros más grandes artistas, que supo ganar gloria vinculando su nombre a la gloria de nuestros libertadores.

E L T I B U R O N

(Viene de la Pág. 5)

Los *torpedos* o *tembladeras,* propio de los paíces tropicales, son peces muy parecidos a las rayas, pero se caracterizan por tener un órgano de fuerte acción eléctrica cuya descarga le sirve para defenderse de sus enemigos y para apoderarse de sus presas.

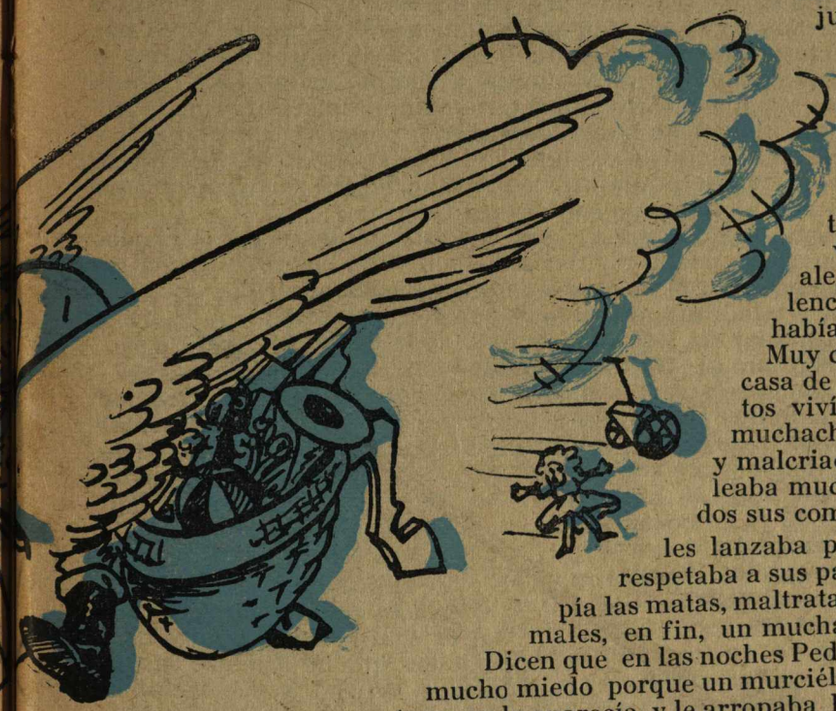
El *pez sierra,* cuyo cráneo termina en una larga prolongación ósea con doble fila de dientes acerados y cortantes, es muy valiente, ataca sin temor a todos los habitantes del mar, preferentemente a las ballenas a las que mata fácilmente. Después de haber hundido su arma en la carne del adversario se sirve de ella como de una sierra produciendo de este modo heridas profundas casi siempre mortales.

CUENTO DE NAVIDAD

LA SONRISA DEL NIÑO JESUS

Una tarde, la abuelita obligada a improvisar un cuento de Pascua, registró entre sus viejos recuerdos y trajo a la mente una historietica que en época muy lejana oyó contar y que comienza como todos los cuentos de Navidad:

Era por el mes de diciembre, un aire helado se esparcía por todas partes; y había mucha neblina y tánto frío, tánto frío, que los niños se recogían muy temprano, y además porque habían oído decir que en este mes el Niño Jesús hace revisar todas las casas en que hay chiquillos para saber quiénes lloran, quiénes no duermen, e indagar con las mamás cómo se han portado durante el día. El Niño Jesús como quiere premiar en este mes a los niñitos buenos dispone de una gran cantidad de ángeles para que lo ayuden en estas diligencias. Ah!, si ustedes hubieran visto esos ángeles, qué belleza!; tenían unas caras muy lindas, y eran muy grandes; sus pies blancos, calzados con unas brillantes sandalias de oro; ellos no pueden pisar la tierra, porque la tierra es muy sucia y empañaría el brillo de sus sandalias o mancharía la blancura de sus pies y las espinas se los punzarían. Es por eso que tienen grandes alas hechas de nubes para volar por todas partes y por sobre las casas más altas. Tienen unos vestidos de colores preciosos. La Virgen les da pedazos de su manto que es el Cielo. Allá hay jardines llenos de rosas de colores rarísimos y de sus pétalos las almas buenas que viven en el cielo les tejen sus túnicas. Y bajan en las noches de diciembre cuando los niños duermen; sólo las mamás pueden verlos y hablarles. Así pasaba siempre también en una casa en que habían tres niñitos llamados familiarmente y por cariño Guigo el mayor, Yolita la segunda y Betty la tercera. Estos niños eran muy bonitos, y además eran muy buenos, porque eran respetuosos y obedientes con sus padres. Por eso el Niño Jesús les mandaba todas las noches uno de los ángeles más bellos, vestido con los rayos del sol y con dos estrellas en los pies. Cuando los tres niños dormían, se iluminaba la habitación con una luz azul y el ángel se acercaba muy calladito al oído de la mamá que dormía; pero como dicen los sabios, el corazón de las mamás no duerme, vela siempre lleno de amor y cuidado. El ángel hablaba con el corazón de la mamá todas las noches, y éste le suplicaba al Niño Jesús que les pusiera muchos juguetes en sus zapaticos. Esto lo anotaba siempre el ángel en su lista que llevaba y se alejaba en silencio como había entrado.



Muy cerca de la casa de estos niñitos vivía Pedrito, muchacho travieso y malcriado que peleaba mucho con todos sus compañeritos, les lanzaba piedras, no respetaba a sus padres rompía las matas, maltrataba los animales, en fin, un muchacho malo. Dicen que en las noches Pedrito sentía mucho miedo porque un murciélago gigantesco se le aparecía y le arropaba la cuna con sus negras alas y parecía como si quisiera ahogarle; cuando él gritaba y venía su mamá ella no veía al animal, y no sabía por qué lloraba su hijo. Sucedió que una vez Pedrito estaba jugando con los tres niñitos buenos en el corral de la casa de ellos. Cuando en esto, sienten caer unas tierritas y vieron venir hacia ellos un muchachito muy pobrecito, muy mal vestido, todo rotico, andrajoso y descalzo, que los convidaba a jugar. Pedrito, que era un niño muy vanidoso, se puso muy bravo y le dijo al pobre muchachito que no jugarían con él porque estaba muy sucio y muy roto, y que no tocara sus juguetes y se fuese de allí. Como el pobrecito no se retiraba, entonces Pedrito se le lanzó encima y de una gran bofetada le rompió la mejilla y le hizo derramar sangre. El muchachito llorando se iba a retirar ya, cuando Guigo indignado tiró a Pedrito de una mano y se adelantó hacia el infeliz muchachito y lo abrazó cariñosa-

(Pasa a la Pág. 16)

ARMAS INDIGENAS

LA CERBATANA

La cerbatana se hace con dos tubos de madera; uno insertado dentro del otro. Siendo el interior, perfectamente liso y recto, tanto por fuera como por dentro. Este tubo es tan liviano que se cimbra al apoyársele sobre un solo extremo y hasta se rompe fácilmente. Debido a esto es que se le pone el forro exterior de madera más dura que le sirve de refuerzo, y el cual no puede usarse solo porque tiene junturas y desigualdades. Los dos tubos se eligen cuidadosamente y se meten uno dentro del otro de manera que ajusten con perfección y parezcan uno solo, a menos que se examinen muy de cerca.

La cerbatana, como se usa a veces, consiste simplemente de los dos tubos embutidos, pero por lo regular se le pone una boquilla, la cual se hace con la concha dura de una nuez de palma partida por la mitad, vaciada y taladrada, de manera que forme un hemisferio hueco con un agujero en el centro. Esta boquilla va soldada con cera al extremo del doble-tubo.

Las cerbatanas son regularmente alrededor del doble del largo que la estatura del cazador (miden unos 2 metros 75 cms. habitualmente), son muy livianas y pueden sostenerse fácil y fijamente con las dos manos colocadas cerca de la embocadura, no obstante lo largo del tamaño.

Los dardos suelen tener unos cuarenta centímetros de longitud y se hacen de nervio de hoja de palma vaciado hasta ta que se convierta casi en sector circular de dos a tres milímetros de diámetro afilándolo mucho en uno de los extremos. El curare se aplica dejando libre de él unos tres centímetros de punta, la cual se limpia muy bien de manera que un arañazo casual no inyecte veneno y las flechillas puedan manipularse con seguridad. Como quiera que el veneno es de un color bastante oscuro y los dardos de un amarillo claro, la presencia del veneno salta a la vista.

Las flechas envenenadas, sin otra preparación, se cargan en una aljaba hecha de labor de cestería e impermeabilizada con una espesa capa de cera. Este carcaj lleva una tapa de piel bien ajustada, y a él va también sujeto otro cestillo sin revestimiento ni covertura, que sirve para meter las hilachas de ceibo; rematando la tapa del carcaj, va una mandíbula de pescado pequeño, habitualmente de caribe.

Para usar el dardo, se amarra en su derredor una mecha de ceibo de unos cinco centímetros de largo, dejando unos quince milímetros libres en la parte posterior de la flecha. La mecha tiene forma de embudo, con la parte más gruesa cerca del extremo posterior, donde su diámetro es aproximadamente de centímetro y medio, algo mayor que el orificio de la cerbatana, que mide sólo un centímetro. La mecha de ceibo se coloca y ajusta con un atado en espiral hecho de una fibra muy fina. El objeto que se persigue es, naturalmente, impedir que el aire se escape alrededor del dardo, de manera que el soplo lo empuje a través del tubo.

Entre dos de los dientes afilados de la mandíbula de caribe se apoya una parte del dardo, al extremo posterior del veneno, y se le da vueltas para que los dientes se incrusten, quebrando luego la punta del dardo fácilmente. Esto hace que todo el dardo se quiebre y salte cuando se clava en la presa, dejando introducida la púa con el veneno. Si cae un ave muerta o herida y se encuentra la púa, frecuentemente se saca y guarda en el cestillo que va dentro de la tapa del carcaj, como una parte del trofeo.

La cerbatana es un arma excelente. El esfuerzo de apuntar y disparar es leve, una vez que se haya aprendido la técnica sencilla de soplar como es debido, siendo extraordinariamente eficaz el impacto así como certero a distancia moderada. Su alcance efectivo es aproximadamente tan grande como el del arco y la puntería mucho más exacta. Se usa casi exclusivamente para cazar aves. Los indios dicen que el veneno no es fatal para animales de sangre fría y que, aunque mata mamíferos, la cantidad que lleva un dardo de cerbatana no bastaría para matar rápidamente a la mayoría de la cacaza de pelo. El veneno es completamente inocuo al entrar por vía bucal y la pequeña cantidad que puede contener un ave matada con él, no surte ningún efecto nocivo. Por esto, y aunque una cantidad grande mataría indudablemente a un hombre, los indios dicen que un dardo de cerbatana, no pueden, por su acción tóxica, dañar permanentemente a un ser humano.

La cerbatana es en realidad un arma de manejo extraordinariamente más fácil que el de las armas de fuego y las expresiones de asombro ante la habilidad de los indios con sus cerbatanas no deja de ser una exageración extravagante.

LA VIRGEN DEL PAJARITO

por FERNANDO PAZ CASTILLO

La Virgen mira su alma.
San José mira su Niño.
El Niño mira su perro
y el perro al pajarito que tiene en la mano el Niño.

Todos están viendo algo:
un pensamiento en la hora íntima
cuando las palabras tiernas todavía no han nacido.

En las cosas familiares
se va dibujando un signo
que aísla a todos los seres:

Reposo limpio
de estrella
sobre la inmovilidad del río.

Reposo
—algo furtivo—
tánta humildad en las cosas,
tánto silencio en un niño.

La Virgen —de mirar distante—
no teje ya su tejido:
entre sus ágiles dedos descansa la luz del ovillo.

La Virgen no teje, mira
—bajo el mirar del esposo—
el perro, el pájaro, el Niño.

Cada quien mira su obra:
la Virgen mira el ovillo
en sus manos, delgadas y frágiles
como el hilo:
hebra nacida entre flores.
San José mira su Niño.
El Niño mira su perro
y el perro mira el pájaro que está en la mano del Niño.

¿Qué mirará el pajarito?

F. P. C.

MEJOR ES EL CAMPO

En un pequeño vecindario de nuestros llanos, vivía una señora con su hijo de ocho años llamado Juan, quien tenía grandes deseos de conocer una ciudad; siempre había oído hablar de ellas y se las imaginaba maravillosas.

Sucedió que un día llegó por aquellos lugares un quincallero que se hizo amigo de Juan, a quien invitó a marcharse con él a la ciudad de Caracas. Juan le replicó:

—Mi madre no me dejará ir, la pobre no tiene a más nadie que a mí, soy su único hijo.

Pero. aquel mal hombre ponderó de tal manera la ciudad ante el niño, que, al fin, le convenció.

—No digas nada a nadie. Mañana al amanecer vendré por tí, nos iremos juntos. Tu madre cuando sepa que estás ganando mucho dinero en la ciudad, se pondrá muy contenta. No te arrepentirás.

Como lo pensaron, así lo hicieron. Pero cuando llegaron a la ciudad, Juan, al verse solo, comprendió la realidad y el mal que se había proporcionado. Entonces trató de regresar, pero, como a nadie conocía, no pudo volver a su pueblo.

Se ganaba una vida miserable haciendo mandados. Un día, en la calle, vió sobre un camión descargando bultos, a Manuel, un vecino de su madre. Corrió donde él, y después de preguntarle por su madre, supo que Manuel trabajaba como peón de aquel camión, que era de un señor Mosqueda. Hacía viajes entre Caracas y Calabozo, y en el trayecto, pasaba siempre por el caserío donde vivía la madre de Juan.

El muchacho rogó al peón lo llevara de nuevo a su casa. Manuel consultó con el chofer del camión, y éste convino en ello.

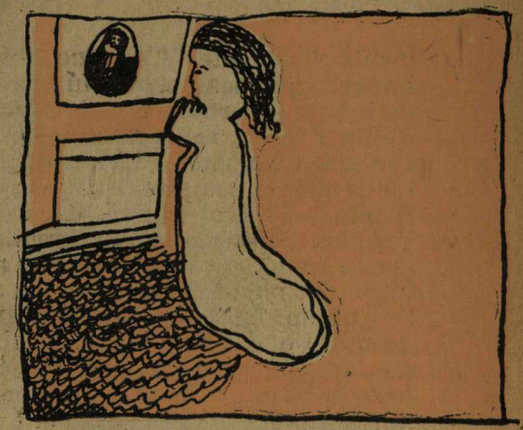
Juan retornó a su casa conforme se había ido; llegó una madrugada, sin que nadie del pueblecito lo viera. Su madre lo recibió llena de alegría y él, escarmentado, prometió que aquello no volvería a suceder.

BERTA D'MILITA.

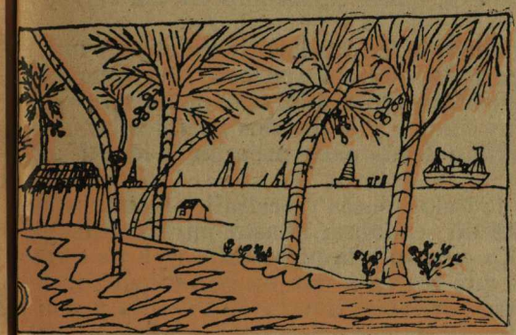
(10 años)

Escuela Federal N° 129.—San Casimiro,

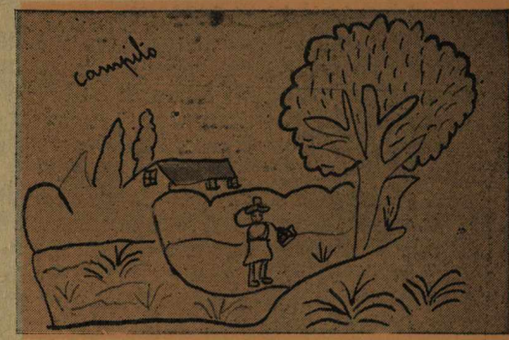
NACIMIENTO.— Por María Mercedes Pineda D.—Barquisimeto.



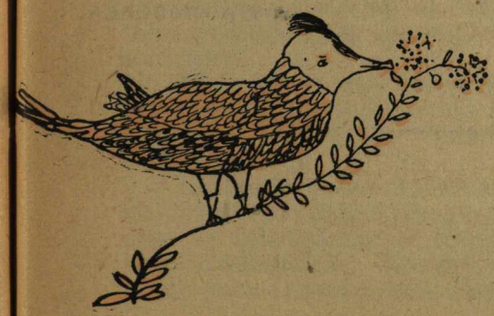
PIDIENDO AL NIÑO JESUS.—Por Micaelina Urbina.—8 años.—Capaya, Edo. Miranda.



LAGO DE MARACAIBO.—Por Ramona Centeno.—12 años.—Torondoy, Edo. Mérida.



CAMPITO.—Por Aurora Rojas.—3er. grado, Escuela Federal N° 444.—Ejido



PAJARITO. — Por Rubén Villavicencio. — San Luis, Edo. Falcón.

TIGRE. — Por Miguel García.—Guariquen, Edo. Sucre.

LA SONRISA DEL NIÑO JESUS

(Viene de la Pág. 9)

mente diciéndole: "Ven, no te vayas, con nosotros sí podrás jugar, no importa que seas pobre, tú eres un niño como nosotros y tienes igual derecho a divertirte, te regalaremos unos zapatos y ropita, no llores". Y Yolita y Betty, las hermanitas de Guigo, le secaron la sangre y le enjugaron las lágrimas. El muchachito pobre comenzó a sonreír y sonreía tanto que de sus grandes ojos comenzó a brotar una luz clarísima que iluminó el corral que ya había comenzado a oscurecer por la neblina y sus pies comenzaron a desprenderse del suelo, y su figurita de niño pobre se transfiguró de repente, y era el Divino Niño quien aparecía, en el lugar del mendiguito, elevando sus brazos al cielo y bendiciendo a los tres niñitos buenos. Entre los juguetes que tenían en el corral había un caballito que Guigo había regalado al niño pobre, y este caballito comenzó a crecer, a crecer, y creció tánto que se puso del tamaño de un caballo corriente, y le salieron unas alas brillantes y comenzó a volar hasta que se perdió entre las nubes. Los niños no entendían nada de todo esto; pero no tenían miedo, veían sonreír al Niño Jesús que se iba elevando hacia el Cielo y sentían que habían procedido bien. Pedrito en cambio, lleno de terror, trataba de esconderse, tenía miedo de haber hecho daño nada menos que al Niño Jesús que se le había aparecido en esa forma para probar su corazón.

En esto sintieron una música deliciosa, los rosales florecieron y una claridad más grande aún iluminaba todo, cuando apareció nuevamente entre las nubes el caballo; pero esta vez no venía solo, cabalgaba sobre él un venerable anciano de barba muy blanca y traía dos grandes cestas. Era el Tío Nicolás enviado por el Niño Jesús para premiar a los niños buenos y castigar al niño malo.

Una lluvia de dulces, juguetes de todas clases y vestiditos a cual más lindo caía sobre los tres niños, que no se daban abasto para contener todo lo que vaciaron de la cesta. En cuanto a la otra cesta, uy!, no quisiera decirles lo que tenía, pues sé que les va a dar mucho miedo; una gran cantidad de alacranes enormes corrieron detrás de Pedrito y con sus grandes patotas lo agarraron y se lo llevaron lejos, muy lejos, a sus cuevas, y el niño no volvió a aparecer. El Tío Nicolás se alejó nuevamente en su caballo para ir a premiar a otros niños...

LA TIA NICOLASA.

FLORA VENEZOLANA

EL ALGARROBO

(HIMENEA CURBARIL)

Es un árbol que abunda mucho en nuestro país, es de la familia de las leguminosas. Se da a alturas no mayores de mil metros sobre el nivel del mar. Tiene un follaje denso, sus hojas son persistentes y muy buscadas por los ganados que las comen en época de sequía.

Las flores son pequeñas y se presentan en racimos, sobre ramas adultas y viejas; el tubo del cáliz es muy corto y tiene cinco pétalos pequeños; es incompleta, pues carece de corola y los estambres son cinco.

El fruto es una vaina alargada, comprimida, llena de una pulpa azucarada y harinosa entre las semillas; la cual es muy alimenticia y agradable al paladar. Las semillas son de color pardo oscuro, casi negro.

La madera del algarrobo se emplea en tornería y ebanistería; es muy dura, resistente, de grano fino y compacta, por lo que se la utiliza para la fabricación de máquinas. Contiene mucho tanino y es excelente combustible. Sus raíces producen una goma o recina muy apropiada para charol y usos medicinales.

AVES DE NUESTROS BOSQUES

EL AZULEJO

Pájaro de la familia de los dentirrostros; es del tamaño de la paraulata; pero, por el contrario de ésta, no canta bien; apenas si lanza chillidos agudos al llegar o huir de los ramajes de los árboles. El plumaje del macho luce un color azul celeste lindísimo; en la hembra, el azul es algo grisáseo y menos vistoso.

Estos pájaros andan siempre en bandadas y gustan mucho de las frutas; aunque se alimentan también de insectos y gusanillos. Construyen sus nidos en forma de pequeñas escudillas, con yerbecitas entrelazadas y adheridas con musgos. Son animales muy irritables y casi siempre mueren de rabia si se reducen a cautiverio ejemplares adultos. Capturándolos pequeños, llegan a domesticarse, y a vivir, muy a su gusto, en jaulas.